



Lloraba lejía, gasolina y lluvia ácida. Las sucias cloacas de la ciudad vivían dentro de ella. Me levanté despacio, para no quebrar la burbuja de comprensión que se había formado entre los dos. Se podría asustar si me movía muy rápido. Antes de salir miré su cola de pez, estaba perdiendo el color. Ya nadie creía en ellas.

Me coloqué como tantas veces detrás de la puerta a esperar. A escuchar. Esa noche cantó a la luna; a la pobreza; a la oscuridad de los callejones que tiemblan de miedo; a la ilusión perdida de los niños que se veían obligados a ser mayores; a las leyendas olvidadas sobre sus hermanas, las del mar, las doradas. Las noches siguientes no volví a oírla. Ya no estaba allí. Quería ver el mar. El tapón de la bañera estaba abierto, se había dejado escurrir por el sumidero. No volví a saber nada de ella en las semanas siguientes. En los meses siguientes.



Una noche, desvelado, me asomé al balcón. Oí una melodía callada, rota. Era ella. Había vuelto a sus antiguas alcantarillas. Malditas, pero amadas a un tiempo, con esa forma de amar que se tiene hacia las cosas que, aunque no se quiera, forman parte

de uno mismo. Oí su voz durante dos semanas. Todas las noches. La oscuridad entera callaba para escucharla. Los coches no circulaban. El aire no respiraba. Todo lo paralizaba ese canto sin voz. Su canto era silencio, espuma, socorro, nada.

Un día dejé de oírla. Esta vez para siempre. Quizás siguiera las alcantarillas y desembocara felizmente en ese mar azul de sus sueños. Quizás se ahogara en los residuos, desdichas y penas que se acumulan en el auténtico mar, prolongación de las cloacas, que creamos las personas cada día con nuestras basuras. Quizás muriese de tristeza.

**LUCÍA BASCO, 1º Bachillerato**

